

Mié

21 Evangelio del día

Jul

2010 Decimosexta semana del Tiempo Ordinario - Año Par

“El resto cayó en tierra buena y dio grano: ciento, sesenta, treinta”

Primera lectura

Comienzo del profeta Jeremías 1,1.4-10:

Palabras de Jeremías, hijo de Jilquías, uno de los sacerdotes de Anatot, en territorio de Benjamín.

El Señor me dirigió la palabra:

«Antes de formarte en el vientre, te elegí; antes de que salieras del seno materno, te consagré: te constituí profeta de las naciones».

Yo repuse:

«¡Ay, Señor, Dios mío! Mira que no sé hablar, que solo soy un niño».

El Señor me contestó:

«No digas que eres un niño, pues irás adonde yo te envíe y dirás lo que yo te ordene. No les tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte» — oráculo del Señor—.

El Señor extendió la mano, tocó mi boca y me dijo:

«Voy a poner mis palabras en tu boca. Desde hoy te doy poder sobre pueblos y reinos para arrancar y arrasar, para destruir y demoler, para reedificar y plantar».

Salmo de hoy

Sal 70. R/. Mi boca contará tu salvación.

A ti, Señor, me acojo:

no quede yo derrotado para siempre.

Tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo,

inclina a mí tu oído y sálvame. R/.

Sé tú mi roca de refugio,

el alcázar donde me salve,

porque mi peña y mi alcázar eres tú.

Dios mío, líbrame de la mano perversa. R/.

Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza

y mi confianza, Señor, desde mi juventud.

En el vientre materno ya me apoyaba en ti,

en el seno tú me sostenías. R/.

Mi boca contará tu justicia,

y todo el día tu salvación.

Dios mío, me instruiste desde mi juventud,

y hasta hoy relato tus maravillas. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 13,1-9

Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. Y acudió a él tanta gente que tuvo que subirse a una barca; se sentó y toda la gente se quedó de pie en la orilla.

Les habló muchas cosas en parábolas:

«Salió el sembrador a sembrar. Al sembrar, una parte cayó al borde del camino; vinieron los pájaros y se la comieron.

Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde apenas tenía tierra, y como la tierra no era profunda brotó enseguida; pero en cuanto salió el sol, se abrasó y por falta de raíz se secó.

Otra cayó entre abrojos, que crecieron y la ahogaron. Otra cayó en tierra buena y dio fruto: una, ciento; otra, sesenta; otra, treinta.

El que tenga oídos, que oiga».

Reflexión del Evangelio de hoy

Hacia más de un siglo que Isaías nos había hablado sobre la relación especial entre Dios y el profeta, lo que llamamos vocación. Hoy Jeremías nos da otra visión de lo mismo, nuevos retazos sobre la vocación profética y particular. Una de las facetas más comunes de expresar la vocación, como

respuesta a la llamada de Dios, es la de ser sembradores de su Palabra. Este es el tema del Evangelio.

“A donde yo te envíe, irás; y, lo que yo te mande, lo dirás”

Jeremías nos ofrece un relato típico sobre la vocación. Sobresale la iniciativa total de Dios, por medio de su elección cuando se encontraba todavía en el seno materno. Jeremías habla de cómo ya entonces fue consagrado y nombrado profeta. Sigue, luego, la reacción humana normal ante una elección tan alta y, aparentemente, al menos, difícil: “Mira, Señor, que no sé hablar...” Y sigue un diálogo con el Señor en el que queda muy claro el quehacer del profeta, los problemas que él ve para llevar aquella tarea a cabo, y, sobre todo, la promesa de Yahvé de enviarle a donde deba ir como profeta, de mandarle lo que tiene que decir y, sobre todo, de acompañarle para garantizar su misión. Con todos los cambios que queramos, esto es aplicable a toda vocación. Dios sigue siendo el que llama; nosotros seguimos siendo los llamados y enviados. Y contamos con él para secundar, más fácilmente, su voluntad.

El sembrador y la semilla

En el ambiente más idílico que podamos imaginar, a la orilla del lago de Tiberíades, subido a una barca para que le pudiera escuchar mejor la gente que había acudido a verle, Jesús habla en parábolas y compara a su Padre con un sembrador que salió a sembrar. Fingiendo que su buen Padre no sabe mucho de labranza, empieza Jesús contando el fracaso de sus tres primeros intentos a causa de las piedras, los pájaros, el sol y las zarzas. Pero, el último intento supone un éxito total porque el terreno estaba preparado y su semilla produce el fruto deseado. Dios es generoso, siembra a voleo aunque sabe de antemano que parte de su semilla no producirá nada. Al final, la semilla de Dios es fecunda y produce los frutos buscados por el Sembrador.

El terreno y la sementera

A la orilla del lago, el terreno eran las personas que habían acudido a Jesús, y la sementera, su Palabra. Hoy el terreno somos cada uno de nosotros, y la semilla la misma de entonces. La semilla siempre es un don, ante el que, inevitablemente, surgen preguntas: ¿Cómo abro mi espíritu al don de su Palabra? ¿Qué cantidad de fruto produce en mí la Palabra y por qué? ¿Y, como sembrador –con minúscula-, dónde y cuánta semilla de Evangelio siembro en el terreno de la vida? ¿Cómo ando de generosidad a la hora de la siembra? La orilla de un lago y la compañía amigable de personas buenas y sencillas, escuchando todos a Jesús, seguro que nos ayudará a responder adecuadamente, comprendiendo y respetando los distintos terrenos y sus diversas respuestas, siempre a la espera de que el don de su Palabra produzca en todos el fruto deseado.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)